Papuco el
jorobado

PEPINO

EL

JOROBADO.

DRAMA HISTORICO

EN CUATRO ACTOS DIVIDIDO EN SEIS CUADROS.

POR UN JOVEN CATALAN.

BARCELONA:
IMPRENTA DE IGNACIO OLIVERES.
Calle Ancha, núm. 26.
1841.

PERSONAGES.

OSMA.
CLOTILDE.
CARLO-MAGNO.
PEPINO.
TEODORICO DE VIVARÉS.
OLRICO.
FARAMUNDO DE AUVERNÉ.
ALARICO DE OMAR.
ATAULFO DE ONDROMÉ.
JULIO GONDOIR.
SIGIBERTO CLONDER.
BERLETTI.
FLORENCIO.
VEREMUNDO.
DEGUABERTO.
UN NOBLE.
Conjurados, Soldados, Cortesanos.

La escena en Paris, — año 794.

ACTO PRIMERO.

CUADRO PRIMERO.

La taberna de Berletti.

ESCENA I.

CARLO-MAGNO y TEODORICO DE VIVARÉS embozados en largas capas sentados junto al hogar. El primero escucha atentamente la conversacion de VEREMUNDO, DEGUABERTO, FLORENCIO y otros villanos que estan sentados al rededor de una mesa bebiendo. Luego sale BERLETTI.

Deg. Tabernero de los infiernos! ¿qué demonio has puesto en este vino que es capaz de envenenar á todos los diablos?

Flor. Aleman de los demonios, deja exaustas tus bodegas y tráenos vino bueno, ó por vida del Emperador Carlo-Magno...

Ber. (saliendo.) Silencio, señores, silencio, no menteis en esta honrada taberna al Emperador, pues de ningun modo quisiera indisponerme con él. Nada teme tanto el cordero como caer en las uñas del lobo.

Pedro Pedro

Flor. Nada teme tanto un envenenador público como caer entre las uñas del que le haga cantar de plano. ¿Que se te dá á tí que nosotros hablemos del Emperador ó del demonio? ¿Que llamemos á Carlo-Magno usurpador ó que le llamemos héroe? Tu oficio es darnos vino y vino corriente, á precios equitativos, pues ya sabes que nosotros miserables paisanos, no tenemos mucho dinero que gastar y mayormente desde los crecidos impuestos que nos carga este miserable ministro Ares ó Vivarés, ó Antecristo.

(Vivarés hace un movimiento, el Emperador le detiene.)

Ber. Por todos los santos del cielo, señores, no hableis asi en mi posada.

Flor. Déjate de charlar y vé á traernos del mejor vino que tengas en tus bodegas. Afortunadamente aun me queda algun tanto de dinero desde el último impuesto del ladr on público, el ministro Vivarés.

(Váse Berlett i.)

Viv. Oís, señor, permitidme que vaya á castigar la insolencia de estos villanos.

(Quiere levantarse, Carlo-Magno le detiene.)

Car. Silencio y escucha.

Viv. (mirando á los villanos que hablan entre si.) Parece que hablan en secreto.

Car. Asi es.

Viv. Hablarán de nosotros.

Car. Efectivamente.

Viv. Habrán notado nuestra presencia.

Car. No lo dudo.

Viv. ¿Qué haremos, pues señor?

Car. Nada.

Viv. Lo mejor seria retirarnos.

Car. No. Lo mejor será quedarse.

Viv. Pero...

Car. Silencio.

Ver. *(ap. á los otros.)* Os lo digo, amigos, he estado observándolos desde el momento que han entrado.

Deg. Y efectivamente su traza parece... asi... un poco sospechosa.

Flor. Pero... quien serán?

Deg. Serán espias.

Flor. Espias? de quien?

Ver. De este que no ha mucho vos llamabais miserable y ladron público.

Flor. *(santiguándose.)* Del ministro Vivarés... Dios nos libre.

Deg. No hay duda; ahora nos están observando fijamente.

Ver. Silencio. Se acerca Berletti.

Berl. Ahí vá vino.

Flor. Escucha posadero ¿quienes son estos dos hombres que llevan encubierto el rostro con el embozo y que hace tiempo están sentados junto al hogar?

Berl. Dos estrangeros que llegaron anoche pidiéndome habitacion y esta mañana vuelven á ponerse en camino.

Flor. No lo decia yo Veremundo, no lo decia yo? estos dos hombres no son espías ni cosa que se les parezca, son dos estrangeros que llegaron anoche y que van á marcharse hoy mismo. *(Veremundo menea la cabeza en señal de incredulidad.)*

Ver. Tú, jóven, no comprendes lo que yo comprendo: el zorro viejo vé con mucha mas facilidad que el jóven el lazo que está tendido bajo el cebo y se guarda de acercarse á él.

Car. Posadero. *(Levantándose.)*

Berl. Señor?

Car. Aqui tienes con que pagar el gasto que hayamos hecho mi compañero y yo.

Berl. Aun sobra.

Car. No importa, guárdalo.

Berl. Gracias, señor.

Flor. Ahora si, Veremundo, que estoy plenamente convencido que estos hombres que acaban de salir no son espias.

Ver. Porqué?

Flor. Los verdaderos espias no pagan con tanta generosidad como estos.

Ver. Florencio, dejaos de tonterias. Juraria como hay Dios que estos hombres son espias del ministro Vivarés y si os acontece alguna desgracia como puede muy bien suceder, aprendereis á no hablar mal del leon cobijándoos bajo sus garras.

Flor. Ah, ah, ah, os volveis profeta, Veremundo, ó la ancianidad pesa ya demasiado sobre vuestra cabeza, y os hace ver distintos los objetos?

Ver. *(con severidad.)* Jóven, aprended de hoy mas á no mofaros de la ancianidad; cada cana de los viejos es una esperiencia, cada arruga de su rostro un desengaño. *(Vdse.)*

(Florencio queda pensativo, á poco se levanta y vdse, los demás le siguen.)

ESCENA II.

PEPINO, CLOTILDE, OLRICO, BERLETTI.

Pep. Posadero, posadero.
Berl. Señor ?
Pep. Tienes en tu casa tres habitaciones desocupadas?
Berl. Si, señor.
Pep. Clotilde, estarás cansada del camino y necesitarás descansar; retírate á tu habitacion mientras yo quedo hablando con Olrico; te acompañará Berletti.

ESCENA III.

PEPINO y OLRICO.

Pep. Estamos ya solos; voy á preguntarte Olrico, respóndeme sinceramente ¿persistes en querer por esposa á mi hija?
Olr. Sí.
Pep. Ah Olrico, Olrico, ahora conozco que la amas tiernamente. Eres jóven y por consiguiente necesito esplicarte algunas particularidades de mi vida antes de enlazarte con una familia que sin duda luego aborrecerás. *(Olrico hace un movimiento.)* Veo que te causan sorpresa mis palabras; no obstante, escucha con atencion: si despues de haber yo concluido persistes en tomar á mi hija por tu esposa, lo será. Tú no sabes, Olrico, tú no sabes lo que es sentir un corazon de fuego, un corazon ardiente, bajo este humilde y hediondo cuerpo; tú no sabes lo que es

verse despreciado del mundo entero, tú no lo sabes, Olrico, porque tu figura es noble y graciosa, porque eres un jóven arrogante, de talla bien formada y de cuerpo robusto. Los hombres te miran, las mugeres te sonrien, te creen apto para todo; pero yo para ellos soy diferente de la especie humana, soy un animal manso y domesticado. Ellos me aborrecen y yo aun les aborrezco mas! Pero ¿porque me aborrecen estos hombres? porque no soy noble? porque no soy hermoso y bien formado? Ah! Dios me hizo asi y yo bendigo la mano del que me hizo. ¿De que me sirve sentir que late en mi pecho un corazon ardiente, un corazon altanero que quisiera elevarse sobre todos estos hombres y pulverizarlos bajo mis plantas? ¿De que me sirve querer alzar la frente con arrogancia, si un gran señor me hace insultar por el mas vil de sus lacayos? Ah! Tú no puedes comprender cual es esta existencia que arrastro miserablemente, tú no lo puedes comprender, Olrico, pero debes pensar que serias del mismo modo despreciado é insultado si llegases á unirte con mi familia.

Olr. Padre mio, porquè ya no vacilo en llamaros padre, apartad de vuestra imaginacion estas ideas tan tristes.

Pep. Te acabo de presentar mi vida bajo un solo aspecto, te la voy á presentar por otro aun mas horrible y despreciable. Me arrojan de los bailes, de las diversiones, de los palacios porque soy asqueroso y contra-

hecho, porque soy pobre y porque no visto crugientes sedas, vestidos perfumados con olores y trages magníficos y suntuosos. Me arrojan tambien de allí porque no puedo presentar á la faz del mundo un nombre puro y sin tacha, porque no puedo decirles: «mi linage y mi prosapia aunque no ha sido noble ha sido honrada:» porque cuando me echan en cara que no me presento con un nombre, he de responderles con la cabeza baja y vergonzante: *soy un bastardo*; porque no puedo decir á estos viles lacayos que me insultan, porque no puedo decir á estas cortesanas coquetas y opulentas, porque no puedo decir á estos barones y nobles tan henchidos con su hidalguia: «mis antepasados no ostentaban blasones ni escudos de armas en las puertas de sus casas, pero eran nobles, porque la verdadera nobleza la constituye la virtud» y me he de contentar con responder cuando me preguntan: *soy un bastardo*. ¿Entiendes tú nada mas horrible que esto? entiendes tú situacion mas amarga que esta? haber de responder á millares de personas que preguntan por mis padres: *Soy un bastardo!*... ¡Ah Olrico! en tus ensueños juveniles, en tus ideas fogosas y brillantes quizá te habrás representado un porvenir mas risueño, que el de casarte con una familia que lleva impreso en su frente el sello de la reprobacion. Abandónanos, Olrico, abandónanos; quizá el cielo te tiene preparada otra muger, noble, rica y feliz. Huye de Clotilde y que

jamás los hombres puedan decir: «Se casó con la hija de un bastardo!»

Olr. (ap.) Terrible situacion!

Pep. Dí, que respondes?

(Olrico guarda silencio algunos instantes, pero por fin se precipita en los brazos de Pep.)

Olr. Padre mio!

Pep. Ahora comprendo tu corazon, Olrico, y amo tu nobleza; ahora comprendo que amas á Clotilde con ardor.

Olr. Oh! si padre mio! la amo, la adoro con todo el amor de que es capaz el corazon del hombre, con un amor violento, volcánico, irresistible. ¡Ah, es imposible que comprendais mi amor!

Pep. Olrico, eres un jóven de buenas y escelentes cualidades, de un corazon noble y sublime y no dudo que harás la felicidad de mi hija.

(Vánse por la puerta del foro.)

ESCENA IV.

CLOTILDE.

Creia encontrar aqui á mi padre.... Se habrá ido con Olrico, pero á donde? á recorrer la ciudad, y como creerian que descansaba no habrán querido llamarme... Dios mio! qué sueño! que cansancio! Voy á sentarme aqui; en esta sala podré descansar un poco, pues asi cuando vengan me verán y me dispertarán. *(Se sienta recostándose en una mesa y queda profundamente dormida. La escena permanece sola algunos momentos.)*

ESCENA V.

CARLO-MAGNO, CLOTILDE DURMIENDO.

Car. Que veo?... una muger?... duerme, oh! que hermosa! talle esbelto, cabello negro, aire gentil, pie lindo y ligero... Ah! preciosa, preciosa criatura! Esta si que es mas hermosa que Osma, esta sí que reinaria eternamente en mi corazon y jamás se separaria de mi lado. Quizá sea una plebeya dispuesta por su clase á estar entre el pueblo, y á no poderse elevar mas allá de lo que le prefija su rango. Pobre niña! si fuese hija de algun noble, seria respetada, adorada, ensalzada su hermosura; ahora ni tan solo nadie hace caso de ella. Como mas la miro mas hermosa me parece. Por el alma de mi Padre, que si esta muger estuviese en la corte seria una radiante estrella cuya brillantez ofuscaria las demás; paladines y donceles, pajes y mesnaderos se postrarian ante ella y le rendirian los trofeos ganados al impulso de su brazo. Seria la Reina de mi corazon, y la fama de su beldad se estenderia hasta las estrangeras cortes; pero voto al diablo que si alguno de estos reyezuelos se atreviese á disputármela, tendria que medir su lanza con la mia, y por Dios vivo que no saldria airoso de su empeño.
(Se acerca á la puerta de la izquierda.)
Berletti, Berletti.

ESCENA IV.

CARLO-MAGNO, BERLETTI, CLOTILDE.

Berl. Señor?
Car. Quien es esta jóven?
Berl. Es una muger que acaba de llegar acompañada segun creo de su padre y de su amante.
Car. *(ap.)* De su padre y de su amante! *(Alto.)* Bueno, retírate.
Berl. *(ap.)* Vaya que orgulloso es el señorito! llamarme á toda prisa para preguntarme quien es esta muger? Vaya, vaya!
Car. Que murmuras?
Berl. Nada, nada, señor.
Car. Pues retírate.
Berl. *(ap.)* Quien diablos será este hombre? Tiene un tono de autoridad y una voz...
Car. *(dando una patada en el suelo.)* Aun estás aqui?
Berl. No, no, ya...ya me voy; pero quisiera antes haceros una pregunta.
Car. Díla y despacha.
Berl. Quisiera... saber vuestro... nombre *(temeroso.)*
Car. Mi nombre?... con que quisieras saber mi nombre? *(Descubriendose.)* Me conoces?
Berl. Cielo santo!
Car. Ya que me has conocido, voy á hacerte una advertencia; de lo que veas hoy aqui, observa, oye y calla, de lo contrario, te ju-

ro vive Cristo, que esta daga sabrá la profundidad de tu pecho.

(Berletti se retira á una seña imperiosa del Emperador; éste se acerca á la puerta del fondo y dá un pequeño silvido. Comparece Vivarés.)

ESCENA VII.

CARLO-MAGNO, VIVARÉS.

Car. Vés esta jóven dormida?

Viv. Si, señor.

Car. Entonces ya puedes entenderme; sobre todo silencio y prontitud. Adios.

Viv. Y que he de hacer con esta jóven, señor?

Car. Cuerpo de Dios! pues no me entiendes? á esta jóven la llevarás á mi palacio, me entiendes ahora?

Viv. Si, señor.

Car. Ah! se me olvidaba; hay de por medio su padre y su amante, procúrate deshacer de ellos del mejor modo posible.

Viv. Un padre y un amante?... dos cosas son difíciles de vencer; si pensais que con oro podriamos hacerlos callar...

Car. Que oro ni que diablos! si ven que te llevas la jóven, y ya sabes lo que has de hacer; el padre al Sena, el amante á la horca.

CUADRO SEGUNDO.

¡UN PADRE!

Habitacion en la posada de Berletti, á la derecha del actor una puerta, á la izquierda una chimenea.

ESCENA I.

PEPINO, OLRICO.

(Pepino sentado embebido en la mas profunda meditacion, Olrico en pie delante de èl. Momento de silencio.)

Olr. Pobre Pepino! *(ap.)* Cruel es el dolor que siente y que desgarra su corazon: una profunda melancolía ha sucedido á su desesperacion, asi tambien á las mas horrorosas tempestades las sucede una profunda y aterradora calma. Llamémosle. Pepino? no me oye. Pepino?

(Este levanta tristemente la cabeza, echa una mirada á Olrico y la deja caer sobre su hombro melancólicamente.)

Olr. Desgraciado!

(Pepino se levanta sobresaltado, fuera de si y sin ver á Olrico.

Pep. Se la llevan! se la llevan! oh monstruos! Olrico, Olrico, que se la llevan, sálvala, la arrebatan de mis brazos á mi pobre hija, á mi ángel, á mi único consuelo, al apoyo de mi vejez. Se la llevan, y yo quedo aban-

donado. Ah, no os la lleveis por piedad! por favor dejadme á mi hija!... Todo lo que tengo es vuestro, maldecidme, insultadme, ahi me teneis de rodillas... Escupidme á la cara, maltratadme, haced de mí lo que querais, pero no os lleveis á mi hija! Dejadme por Dios á mi hija.

Olr. Qué desvarío!

(Pepino vè á Olrico, se dirije hácia èl y le coje de un brazo.)

Pep. Ah! aqui está, ya le tengo... favor... socorro... Desgraciado! tú me has robado á mi hija, á mi Clotilde, vuélvemela... Ah! ten piedad de un padre afligido... me ves contrahecho, jorobado y te burlas de mí, pero teme mi ira sino me devuelves mi hija; tu estabas aqui cuando me la han arrebatado; tú los has visto, tú eres uno de los cómplices... vuélvemela, vuélvemela, y te bendeciré asi como ahora te maldigó.

Olr. Pepino!

Pep. Ah! tú no haces caso de mí! tu tienes entrañas de monstruo, corazon de bronce, pues ni mis súplicas, ni mis lamentos hacen mella en tu pecho! tú te burlas de mi dolor y Dios maldice á los que se burlan del dolor de un padre!... pero yo me vengaré, desgarraré tu pecho con un puñal y traspasaré mil veces tu corazon con una espada... y esta espada? y este puñal donde están? Soy un plebeyo, soy un villano, y me está prohibido el llevar armas... pero yo iré á palacio, me echaré á los pies del Emperador y no pararé hasta ver cortada tu cabeza en

una plaza pública y devorado tu cuerpo por los buitres; pero tambien me echarán de palacio las guardas, me arrojarán de alli, me será imposible penetrar y me quedaré sin venganza. Ah! Dios mio! Dios mio! no poder vengarme!

(Cae enteramente abatido en una silla y cubriéndose la cara con las manos.)

Olr. Pepino, Pepino, vuelve en tí.

Pep. *(volviendo poco á poco en si.)* Ah! eres tú Olrico? yo no sé lo que ha pasado en mí... he esperimentado una conmocion muy fuerte... un horrible ensueño ha pasado sobre mi cabeza... Soñaba... soñaba... ya no me acuerdo... Ah! soñaba que me robaban á mi hija... sí... esto soñaba, pero me he dispertado y todo ha sido un sueño, una ilusion... ¿No es verdad, Olrico, que todo ha sido un sueño?... pero mi hija, donde está? que ha sido de ella?... Clotilde, Clotilde, *(lanzando un grito.)* Ah!... ahora me acuerdo... *(Pausa)* Ah! Olrico, Olrico, he perdido mi hija! *(melancólicamente.)* ¿Ves este fuego que brilla débilmente y que parece pronto á despedir el último resplandor? *(Señalando á la chimenea.)* ¿ves estas llamas azuladas que ondean mecidas por el viento de la tarde, y que se apagan en medio de los consumidos tizones?.. del mismo modo ha sido mi vida; un rayo de esperanza habia alumbrado mi sien marchita por las penas y tempestades, una ilusion feliz y risueña habia coloreado este rostro pálido y estas arrugadas facciones, habia cifrado toda mi esperanza en mi hija, y

habia creido morir tranquilo en sus brazos, dejando feliz á ella en los de un esposo... pero se han trocado mis ilusiones, y mi porvenir sólo me presenta amarguras y quebrantos.

Olr. Pepino, dejadme á mí el cuidado de encontrar á vuestra hija, mi prometida esposa, que yo os juro registrar todos los confines del mundo hasta encontrarla.

Pep. Olrico, generoso Olrico, yo aprecio tu oferta, pero no te vayas, no; conozco que mi última hora no tardará en llegar y entretanto deja que á lo menos tenga un débil consuelo, y cuando yo te haya estrechado entre mis brazos, cuando mi alma haya volado á la eternidad, entonces búscala y véngala.

Olr. Lo haré asi, padre mio, lo haré asi.

Pep. Búscala cuando yo haya muerto... ahora no, pues me la traerias á mi presencia deshonrada, y prefiero verla muerta que deshonrada. Aquella niña tan pura, tan inocente, en cuyo casto seno yo reclinaba mi frente... aquella niña que yo mecia entre mis brazos, mientras nos arrullaba cariñosa la brisa de la tarde, aquella niña cuyos juegos infantiles me hacian enternecer de gozo y contento, verla ahora perdida, deshonrada en brazos de un corrompido seductor!... oh! no, no!... mira, Olrico, arma tu mano con una daga, desgárrame con ella las entrañas, atraviesa mi pecho á miles de estocadas, dame la muerte entre los mas horribles padecimientos, prefiero esto que ver á mi hija

deshonrada, y sin atreverse á levantar los ojos á la presencia de su padre.

Olr. Pero, padre mio...

Pep. Oh! por Dios, Olrico, no vuelvas á mentar en tu vida este funesto nombre de padre, padre! Sabes tú lo que encierra esta funesta palabra?,... un porvenir horrible, un porvenir de amarguras, un porvenir que debe pasar entre los insufribles tormentos del infierno. Padre!...no vuelvas á mentar esta palabra... Si aun tienes un resto de compasion hácia este infeliz que tienes á tu lado no le llames *padre;* dame el nombre de esclavo, de villano, de criado, de cualquiera, todo lo sufriré con resignacion, pero por los cielos santos no me llames *padre.*

Olr. Amigo mio, querido amigo, no te abandones á la desesperacion... quien sabe si tal vez...

Pep. Cállate. No procures mitigar mi amargura con falaces palabras y encubridores amaños. Todos tus esfuerzos serian inútiles y créeme, en lugar de mitigarlo aumentarias mi dolor.

Olr. Pero aun no sabemos quien es el que se ha atrevido á arrebatar á tu hija.

Pep. Sea quien sea, mi maldicion pesará siempre sobre su cabeza y le perseguirá continuamente.

Olr. No obstante... si preguntásemos á Berletti?

Pep. Quien? Berletti? este aleman? no, no, sin duda tiene tambien parte en el rapto de mi hija.

Olr. Pepino, déjame hacer. Voy á preguntarle y quien sabe...

Pep. Pues bien, haz lo que quieras, obra como tu conciencia te lo dicte.

Olr. (*acercándose á la puerta.*) Berletti, Berletti.

ESCENA II.

Los mismos, BERLETTI.

Ber. Que mandais?

Olr. Voy á hacerte varias preguntas; si respondes exactamente y con verdad á todas ellas aqui hay oro (*le muestra un bolsillo*) de lo contrario tengo tambien hierro. (*Le muestra un puñal.*)

Ber. Decid, caballero, decid que os aseguro quedareis satisfecho de mi.

Olr. Necesito primeramente saber que se ha hecho de la jóven que venia en compañia de nosotros.

Berl. Saber de la jóven que venia en vuestra compañia? es cosa imposible, señor, imposible.

Olr. Es cosa imposible, dices tú?... pues yo lo haré ser muy posible. Si persistes en negarme lo que sabes, te hundo en el pecho dos pulgadas del buen temple de mi daga, y si me confiesas francamente la verdad te doy el oro que encierra este bolsillo. (*Haciéndolo sonar.*) Dime, quien es el raptor de esta jóven?

Berl. Puesto que me veo obligado, voy á haceros la revelacion mas franca que he he-

cho en toda mi vida, pero... ¿nos escucha alguien?

Olr. No, no, nadie.

Berl. Esperad, iré á asegurarme por mí mismo. *(Váse hácia la puerta, mira por todos lados y despues de haberse asegurado que nadie escucha vuelve al proscenio. — Pepino que ha estádo sentado todo este tiempo con muestras de grande abatimiento, levanta la cabeza y escucha.)*

Berl. Pues señor el que ha robado á esta jóven es... Habeis oido?

Olr. No, no es nada, es el viento que silva entre las rejas... prosigue... quien es el raptor?

Berl. Habia creido oir... pues como decia, el que se ha llevado á esta jóven es... es...

Olr. Acaba.

Berl. *(con voz baja mirando temeroso á todas partes.)* El gran diablo.

Olr. El gran diablo?... Te burlas Berletti?

Berl. No, señor, hablo formalmente; cuando os digo que es el gran diablo...

Olr. Estás loco, posádero de Barrabás, ó quieres que yo te haga ir á los infiernos?

Berl. Oh, no, señor, no!

Pep. Berletti, te mofas cruelmente del dolor de un padre.

Berl. No, señor, no; os digo que el que ha arrebatado á vuestra hija es el gran diablo, ó á lo menos asi lo llamamos nosotros los plebeyos.

Olr. Luego es un gran señor?

Berl. De los mas grandes. Os voy á decir su

nombre, pero por el cielo santo, no me comprometais.

Olr. Toma, ahi tienes oro, pero dime su nombre.

Berl. (*con voz baja y misteriosa.*) Es... el Emperador.

Pep. Carlo-Magno!

Berl. El mismo.

Pep. (*con furor.*) Carlo-Magno, Carlo-Magno!

Olr. Este hombre no sabe lo que se dice.

Berl. Como que no? Vaya, vaya...

Pep. (*fuera de si y en voz alta.*) Carlo-Magno!

Berl. El mismo, señor, el mismo, pero por los santos cielos no griteis tan alto, pudieran oiros los pasageros que están en la sala inmediata y lo echabais todo á perder.

Pep. Un Emperador!

Berl. Por Dios vivo, señor, que no deis estos gritos, podrian oiros nombrar al gran diablo y...

Pep. El! ir á robar la hija de un villano!

Berl. Ay Dios mio! voy á cerrar la puerta y hacer todo el ruido posible, no sea que los demonios hiciesen que se oyese.

(*Vàse precipitadamente.*)

ESCENA III.

PEPINO, OLRIÇO.

Pep. (*fuera de sì.*) Cárlos, Cárlos á quien el mundo llama el grande! Cárlos vencedor de los Sajones, conquistador de la Aquitania, y ungido en Roma con la corona imperial! Cárlos el sabio, Cárlos el prudente ir á robar la

hija del mas ínfimo de sus vasallos!... por cierto que esta hazaña es digna de mentarse en los anales de la historia!... Cárlos el valiente, Cárlos el monarca, constituido en infame y vil raptor de doncellas!... convertido en seductor de niñas y corruptor de vírgenes! Doctrina digna de un príncipe por cierto!... Oh! que perversos son los hombres Dios mio! Dejar á un padre sumido en la deshonra y desesperacion! Satisfacer sus frívolos caprichos mas que deshonren una familia entera!

Olr. Pepino, debemos vengarnos; acudamos ante los tribunales y hagamos pública la infame conducta del vencedor de Eresburgo.

Pep. No. Y que sacaríamos con esto? hacer pública nuestra deshonra y ser tratados de viles é infames calumniadores por atentar contra la reputacion del monarca. Se entregarian nuestras cabezas al verdugo para que su formidable cuchilla las dividiese de su tronco y nuestros cuerpos serian pasto de los buitres. No, Olrico, no es esa la conducta que debemos seguir en esta situacion: debemos vengarnos y vengar á Clotilde, y eso debe ser aunque tuviésemos que asesinar al mismo Monarca.

Olr. Vuestra escesiva confianza os ciega de tal modo que no os permite mirar sus resultados. ¿Como quereis vengaros asesinando á Carlo-Magno, si ni tan solo permitirán que os acerqueis á su palacio? si no podreis llegar á él y cebaros en su sangre?

Pep. He! callad, Olrico, yo sé tan bien como

vos lo que se debe hacer para arrancar á mi hija de las garras del leon; estadme atento: ¿os acordais que en nuestro pais os llamaban el bardo de las montañas por lo bien que tocabais el laud y por vuestra dulce y melodiosa voz? pues ha llegado ya el momento de que ejerciteis vuestros cantos para librar á mi hija.

Olr. Como!

Pep. Tomad el laud y seguidme.

Olr. Pero donde vamos?

Pep. Vos al palacio de Carlo-Magno, yo al encuentro de la venganza.

ACTO SEGUNDO.

CUADRO TERCERO.

OLRICO.

Salon de palacio.

ESCENA I.

CARLO-MAGNO, OSMÁ.

Os. Oh, Dios mio! bien lo conozco, no sois ya el mismo conmigo, y no me amais ahora: antes tan complaciente, tan galan, os sentabais á mis pies y yo pasándoos la mano por vuestros rizados cabellos os decia: *te amo.* Vos me lo deciais tambien y nos adorábamos con toda la fuerza de nuestra alma; ahora ni tan solo haceis caso de mí, ya no me amais; toda vuestra atencion la ha conquistado esta miserable muchachuela que... os sorprendeis? Oh! aunque vos no me confieis vuestros secretos ya sé yo el método de descubrirlos. Y como decia toda vuestra atencion ahora es esta muchacha, á ella le prodigais el amor que me debiais á mí, á ella consagrais las horas que debiais pasar junto

á mi. Ah! Carlo-Magno! permitid que os lo diga, sois un ingrato!

Car. (con indiferencia.) No me tacheis de ingrato, Osma querida, los negocios de estado me abruman de tal manera...

Os. No os disculpeis con engañosas palabras. Los negocios de estado no os abruman de tal manera, que no os permitan pasar algunas horas con vuestras queridas, y las horas que pasais tranquilamente junto á ellas, pudierais pasarlas mas bien con vuestra esposa.

Car. Pero Osma!...

Os. Silencio, silencio, no movais los labios para inútiles disculpas que ningun efecto harian en mí. Vos sabeis muy bien, Carlo, que yo os amaba, que yo os queria... Vos tambien me amabais, á lo menos asi me lo deciais: vos cuidabais de mí, de mis hijos, y entre mis brazos pasábamos largas horas de felicidad. Ahora todo ha cambiado y el amor que nos teníamos solo existe por el nombre.

Car. A que venís con inútiles quejas, Señora? No os he hecho feliz? No sois mi esposa? no sois emperatriz?

Os. Me habeis hecho dichosa me decís? al contrario me habeis hecho desgraciada. Me habeis hecho vuestra esposa? si, pero esposa sin esposo, querida sin amante... – Me habeis hecho emperatriz? teneis razon, pero emperatriz sin poder, emperatriz sin autoridad, emperatriz sin vasallos...–

Car. Vamos, señora, vamos dejad estos lamentos.

Os. Ah Carlo-Magno! ahora tu te crees feliz,

dichoso, pero piensa en el porvenir, piensa en lo que dirá la historia al hablar de tu vida; piensa que dirá: «Fue varon ilustre en su vida púbica, pero fue un ingrato en su vida privada.» Piensa tambien lo que dirán los vasallos al hablar... —

Car. He callad!... mis vasallos? yo pondré un pié sobre sus cabezas y les haré callar y temblar á mi presencia como los corderos ante el lobo. La historia dirá de mí lo que se le antoje... Como no estaré yo presente para hacerla callar, hablará á su alvedrio del modo que mejor le parezca.

Os. Carlos, desprecias lo que dirá de tí la historia? te importa muy poco que tu pueblo te tache de tirano? bien, muy bien!... pero dejemos esto, no he venido aqui para hablarte del porvenir sino para hablarte de lo presente. *(Amorosamente.)* ¿Has visto nunca, Carlo-Magno, en una tarde risueña los postreros reflejos del sol?... Has contemplado con atencion los pájaros que cantan melodiosamente en los árboles, saltando de rama en rama, como temerosos de que el sol se vaya ocultando á lo léjos, entre celages de oro y grana? no es verdad que es una vista que deja en el alma un tinte de tristeza y melancolía? ¡Y vemos al sol que se oculta pausadamente tras las montañas, como un esposo que dirige sus últimas miradas á una esposa, como un amante que exala sus postreros suspiros á los pies de su amada! ¿Has visto tú este cuadro de la naturaleza tan hermoso, tan bello tan animado!... si lo hubieses visto te hubie-

ras estasiado, hubieras caido de rodillas como guiado por una fuerza irresistible, y hubieras adorado á un ser omnipotente, á un ser único cuya morada está en los cielos; hubieras comprendido los arcanos de la naturaleza, hubieras amado como yo, y hubieras aprendido á no rechazar las caricias de una esposa.

Car. ¿Os habeis vuelto mi confesor, señora, para ensartarme toda esta retaila de palabras, que huelen á sermon de padre Provincial? Por Dios vivo, que no volvais mas á predicarme de este modo ú os mando...

Os. Ah! no teneis alma, Carlo-Magno!

Car. Basta ya. ¿Vos quisierais que yo Carlo-Magno, yo el Leon de los francos, me adormeciera entre vuestros brazos y durmiera tranquilo con vuestros halagos? El Leon, señora, no descansa sino en los brazos de la Leona, y jamás reclina su cabeza en el regazo de la tierna corderita sin despedazarla antes con sus garras. Podeis comprenderme y podeis retiraros.

(Osma se retira abatida y en silencio.)

ESCENA II.

CARLO-MAGNO.

Car. (levantdndose.) Por el alma de mi padre que ya empezaba á serme molesta esta muger! Voto vá que si no se retira al instante, la mandaba colgar del pino mas alto de mis bosques de Eresburgo.

ESCENA III.

CARLO-MAGNO, CLOTILDE.

Clot. (que sale precipitada.) Oh señor! seais quien seais, socorredme, decidme que habitacion es esta!

Car. Pero, señora, que es eso? que os ha sucedido?

Clot. Ah, caballero! me pareceis bueno y os lo voy á contar. Hace dos dias acababa yo de llegar á Paris con mi padre, cuando unos hombres, que por cierto no conocí, me arrebataron de sus brazos, me llevaron á esta casa, y me encerraron en una apartada habitacion sola con una dueña. He pasado estos dos dias entre crueles angustias y horribles padecimientos, al recordar mi pobre padre que creerá que le he abandonado... por fin he encontrado abierta por una casualidad la puerta de mi habitacion, he salido de ella, he atravesado salones suntuosos, galerías sumamente adornadas y sin saber por donde dirigir mis pasos he llegado hasta aquí. Decidme ahora, caballero ¿que casa es esta?

Car. Estais en el palacio del emperador Carlo-Magno.

Clot. Del Emperador? del Emperador? y que es lo que quiere el Emperador de mí? por que me ha hecho arrebatar villanamente de los brazos de mi padre?

Car. Sentaos, señora, sentaos y hablaremos. Vos aqui en esta silla, yo á vuestros pies.

Clot. A mis pies?

Car. No lo veis?

Clot. Levantaos, caballero, jamás permitiré...

Car. Niña, déjate de tonterias. Díme ahora ¿quisieras trocar estos salones cubiertos de oro y grana, estas galerias llenas de perfumes orientales, estos retretes tan suntuosamente adornados, por los miserables cuartitos de la casa de tu padre? ¿quisieras sentarte mullidamente en estos ricos sofas cubiertos con cojines recamados de oro y plata, mas bien que en las miserables sillas de la casa de tu padre? ¿Estas mesas tan hermosas, estos adornos, estos tapices y colgaduras tan suntuosos, no embellecen mas tu vista que las mugrientas paredes del albergue de tu padre? Dí, no trocarias tu pobre y miserable choza, por este rico y suntuoso alcazar?

Clot. No.

Car. No!

Clot. No. En mi cabaña no tengo estos cuadros, estos muebles, estas alfombras y tapices, es verdad, pero en cambio tengo á mi padre á quien amo mas que á mi vida, que á mi alma; y no trocaria mi existencia inocente y sosegada por una vida pasada entre el bullicio de la corte y los placeres.

Car. Pero dime, hermosa, si el Emperador te diera este palacio, estos espejos, estos adornos, si te hiciese señora de cien mil vasallos que vendrian á besarte las manos con suma religiosidad, y te adorarian como á un ángel, dí, ¿no trocarias entonces tu existencia para pasarla feliz, alegre, entre los brazos de un monarca de cien pueblos?

Clot. Caballero, os burlais? el Emperador decirme â mi eso? á una villana? á una infeliz?

Car. Y si te lo dijese?

Clot. Pero si esto es imposible.

Car. Pues yo te lo pregunto en nombre del monarca.

Clot. O quien sois vos para hacerme proposiciones semejantes?

Car. Soy el señor de este palacio, soy Carlo-Magno.

Clot. El Emperador!

Car. *(con marcada altivez.)* Sí, soy el Emperador, ciño la diadema sagrada, tengo en mi mano el cetro, me siento sobre el solio, y pongo el pie sobre millares de vasallos que me acatan y besan el polvo que cubre mi calzado; pero todo esto lo pongo á tus pies: cetro, corona, solio, todo te lo rindo, solo por una mirada de amor!

Clot. Señor!

Car. *(se levanta y apoyándose en el respaldo del sillon de Clotilde.)* Dí, me amas?

Clot. *(levantándose.)* Caballero, que lenguage es ese?

Car. El lenguaje del amor. *(Acercándose á Clotilde, esta se retira.)*

Clot. Retiraos. Yo creia que en los palacios de los reyes se albergaba la virtud, que bajo sus mantos de púrpura cobijaban almas grandes y virtuosas que regian el estado, no por su alvedrio, sino por los consejos de là virtud, y que esta era el único móvil de sus acciones, tanto en su vida pública, como en su vida privada; asi me lo habia enseñado

mi padre y asi lo creia, pero veo que me he equivocado y que la virtud no debe ya buscarse en los alcázares de los reyes, sino en las cabañas de los pobres.

Car. (ap.) Algo orgullosa es la niña, pero yo la haré volver mansa como un cordero.

(Se oye templar un laud y á poco entona Olrico una cancion.)

Car. Que sonido es ese?

(A los primeros acentos Clotilde escucha con marcada atencion.–Carlo-Magno admirado escucha igualmente y se dirige hácia la ventana.)

Olr. (cantando dentro.)

Sal, oh hermosa, á estas rejas,
Sal y escucha mi cancion;
Ten piedad de los lamentos
Que exhala mi corazon.
Acuérdate hermosa mia
De aquel mi antiguo amor,
No olvides prenda amada
Los cantos del trovador.

Clot. (aparte.) Dios mio! que voz es esta!

Car. Oiga! y quien ha dado libertad al picaruelo para venir á cantar en los jardines de mi palacio? Voto va... y vuelve á cantar.....

Olr. Si mi triste y debil lira
Exhala áspero son,
No es culpa de mis lamentos,
Culpa es de tu rigor.
Si en tu pecho aun subsiste
Un recuerdo de mi amor,
Da por Dios una mirada
A tu amante trovador.

Clot. (aparte.) Es Olrico, ¡que imprudencia!

Car. Ola! *(sale un page.)* Ve al jardin, deba-

jo de esta ventana encontrarás un jóven tocando el laud; traelo á mi presencia.

Clot. (aparte.) Dios mio! está perdido.

Car. (á Clot.) Retiraos señora, veremos este trovador porque ha venido á cantar sus trovas en mi palacio.

(Sale el page acompañando á Olrico: Carlo-Magno le hace una seña y se vá.)

ESCENA IV.

CARLO-MAGNO, OLRICO.

Car. Quien sois? *(á Olrico con altivez.)*

Olr. Un trovador.

Car. Vuestro nombre?

Olr. Olrico.

Car. Quien os ha franqueado la entrada en mi palacio?

Olr. Nadie, señor.

Car. Pues por donde habeis penetrado en los jardines?

Olr. Saltando las tapias.

Car. ¿Y quien os ha permitido escalar las paredes de mi alcázar?

Olr. Mi fortuna.

Car. Vuestra fortuna?

Olr. Os voy á hablar francamente señor. Os he dicho ya, que era un pobre trovador sin mas bienes que mi lira, y sin mas fortuna que mi voz. Mi lira y mis cantos están consagrados á las hermosas, asi no es estraño que hubiese formado el proyecto de introducirme hasta aqui, y de ofrecéroslos para cantar la hermosura de vuestras esposas, pe-

ro como los guardas de vuestra persona no me hubieran permitido llegar hasta vos, he resuelto saltar las paredes que circuyen el jardin, penetrar en él y echar al viento los preludios de mi lira y los sonidos de mi voz, para ver si la casualidad hacia que vos me oyeseis: lo he logrado y os acabo de manifestar en este instante las razones que me han movido á saltar las paredes de vuestro jardin.

Car. Jóven, templas bien el laud y no es mala tu voz. Desde hoy te nombro page de nuestra persona y trovador de mi palacio.

Olr. Oh fortuna! *(aparte.)*

Car. Espérame un instante en este salon; luego vuelvo.

ESCENA V.

OLRICO SOLO.

Oh fortuna! ya estoy aqui en el mismo palacio que ella... que dicha la de encontrar á Carlo-Magno! Oh mi Clotilde! luego estarás libre, yo te lo juro... Si pudiese verla, hablarla, pero yo no sé en que lugar del palacio estará. Dios mio! Compadezco tu suerte, Clotilde; separada de tu padre, de tu amante, sola y abandonada en poder del Emperador de las Galias, tu destino será siempre llorar... Llorar!... no era esta tu mision aqui en la tierra... Que veo! una muger se acerca hacia aqui... es Clotilde... si ella es... ella es.

ESCENA VI.

OLRICO, CLOTILDE.

(Olr. se precipita en los brazos de Clot.)

Clot. Olrico!

Olr. Clotilde!

Clot. Que imprudencia la de venir á este palacio; sabes qne corres mucho riesgo?

Olr. Que me importa si logro verte!

Clot. Y mi padre?

Olr. Le he dejado con deseos de arrancarte de las manos del Emperador; yo he procurado tentar todos los medios posibles para verte, y lo he logrado ya: ¿que me importa lo demás? Ah! ahora bendigo á mi laud que tanto me ha servido para llegar hasta tí; le amo, le amo con todo mi corazon, con toda mi alma.

Clot. Mas que á mí?

Olr. Oh no! eso no.

Clot. Me hace miedo el tener una rival.

Olr. Que niña eres Clotilde!

Clot. Mira Olrico, retírate, podrian vernos hablar y avisarlo al Emperador; por Dios retírate.

Olr. Tengo tanto placer en estar á tu lado que daria mi sangre toda por cada minuto de mas.

Clot. Mira, busca á mi padre, dile mi situacion, dile que haga todos los medios posibles para sacarme de aqui, que en este palacio yo me ahogo, que el aire que respiro es mal sano para mí, que necesito respirar

aire libre, el aire de mi pais, el aire de mis montañas. Estoy segura que si hubiese de estar mucho tiempo aqui me moriria.

Olr. No, ahora no, pues ya tienes á tu amante al lado.

Clot. Vete, Olrico, los momentos son preciosos y pudieran sorprendernos... di tambien á mi padre que aun puedo levantar los ojos y mirarle cara á cara.

Olr. Sí; voy á participarle tu situacion, pero está tan irritado que solo respira venganza contra Carlo-Magno. Adios hermosa, de hoy en adelante tendré dos queridas, pero cuidado en tener celos.

Clot. Cuales, cuales? *(sonriendo.)*

Olr. Mi Clotilde y mi lira.

CUADRO CUARTO.

LA CONJURACION.

Ruinas de un templo sajon en las inmediaciones de Paris.—Varias piedras esparcidas por el suelo; en el fondo un trozo de la estatua de Irmensul. Es de noche y la escena debe estar iluminada por dos hachones clavados en dos derruidas colunas. A la izquierda del actor una pequeña puerta muy disimulada.

ESCENA I.

CARLO-MAGNO, UN NOBLE.

Nob. Sí, aquí es donde deben reunirse.

Car. Y eres tú tambien conspirador?

Nob. Me finjí rebelde para descubrir sus designios.

Car. Te daré un premio correspondiente á tus servicios. *(Ap.)* La horca. *(Al noble.)* Cuál es el santo?

Nob. Venganza y libertad.

Car. Pues vé á llevarlo á mi capitan y dile que circuya con soldados este templo, que deje entrar á todo el mundo, pero salir á nadie.

ESCENA II.

CARLO-MAGNO.

Miserables! conspirais contra Carlo-Magno, el héroe de la Galia, el coloso del siglo! Ah! ah! ah! dáme risa vuestra temeridad: con-

tabais encontrar al Leon y adormecerle con vuestros amaños, miserables cortesanos! pero os equivocasteis, han salido mal vuestras cuentas, porque se echará de improviso sobre vosotros y desgarrará vuestras entrañas. Me dan lástima y compasion! atreverse á pugnar con el gigante, con el coloso, sin pensar que puede aniquilarlos! Habrán formado ya vastos planes, habránse figurado ver á Carlo-Magno derribado de su solio, pero seguid, seguid en vuestra carrera que yo os juro que os encontrareis cara á cara con el Leon y probareis la fuerza de sus garras.

ESCENA III.

CARLO-MAGNO, EL NOBLE.

Nob. Señor, empiezan ya á venir los conjurados, retiraos ó sois perdido.

Car. Están dadas mis órdenes al capitan?

Nob. Ya lo están. Ahora escondeos aquí en esta habitacion *(abre la portezuela de la izquierda)* en donde podreis escucharlo todo sin ser visto.

Car. Bien, vete ahora á reunir con los demás. *(Entrase y al momento de cerrar la puerta dice)* Miserables!

ESCENA IV.

JULIO GONDOIR, SIGIBERTO, CLONDER, PEPINO, CONJURADOS.

(Los conjurados forman semicirculo.— Gondoir y Clonder en el centro.—Pepino escondido tras una coluna.)

Gond. Galos, ha llegado ya el dia de derribar

el ominoso yugo que nos oprime, y mirar por los intereses de nuestra nacion; harto hemos ya sufrido bajo el cruel despotismo de este tirano, de este monstruo en forma de hombre, á quien el mundo llama el grande y la historia designará con el de tirano. Unid todos vuestros esfuerzos á los mios, brillen los aceros en vuestras manos y derribemos del trono á este imbécil y voluptuoso monarca, que pasa el dia en los brazos de sus queridas, descuidando los intereses de la Galia. Jurais todos cooperar á mis esfuerzos para derribar al hombre que se ha abrogado injustamente el derecho de Emperador?

Todos. Sí.

Gond. Juradlo por la cruz de esta espada. *(Estienden todos las espadas sobre la de Gond.)*

Todos. Lo juramos. *(Vuelven á embainar las espadas.)*

Gond. Ahora, compañeros, ya somos todos hermanos, todos corremos la misma suerte. Venganza y libertad, amigos, venganza y libertad. Oid: para que la Galia se proclame libre é independiente es menester que muera Carlo-Magno. Sí, debe morir ó quedamos del mismo modo en la esclavitud. Para esto uno de nosotros se ha de encargar de su muerte; ha de penetrar en silencio y favorecido por la oscuridad de la noche junto á su cama hundiendo el puñal en su seno. (*Conmocion entre los conjurados.*) Decidme, pues, Galos, quien de vosotros se encarga de matarle? (*Profundo silencio.*) Como? nadie responde nadie es osado á clavar el pu-

ñal en el pecho de un tirano?... sois todos cobardes? *(Pepino aparece repentinamente.)*

Pep. No tal; yo me encargo de su muerte.

Gond. Vos? quien sois vos?

Pep. Basteos saber que yo me encargo de su muerte. Os reis? me mirais con asombro, porque me veis pequeño y jorobado? No me creeis apto para manejar el puñal? os equivocais. Bajo este esterior débil y enfermizo ecsiste un corazon de hombre, un corazon robusto que respira venganza...y que se vengará. Creedme Galos, si sois tan cobardes que os intimida la espada de este coloso y la cólera del Leon, encargadme el cumplimiento de vuestra venganza y quedareis satisfechos; el Lobo devorará al Leopardo, David matará á Goliat.

Clon. Estás seguro, débil jorobado, que tu mano no errará el golpe?

Pep. Si, Galos, si, esta mano fuerte y robusta jamás ha errado un golpe.

Clon. Danos pues una prueba de la fuerza de tu puño.

Pep. Una prueba? *(Se dirije hácia el fondo y se coloca al pie de la estátua de Irmensul.)* Veis esta estátua que ha resistido á la mano de plomo del tiempo, que han pasado sobre su cabeza sin hacerle mella el soplo de los huracanes y de las tempestades? pues yo la derribaré bajo mis pies. *(La derriba y cae pedazos de un solo golpe.)* De este modo caerá el emperador Carlo-Magno.

Gond. Nos acabas de dar una prueba relevante de la robustez de tu brazo. Aceptamos la

propuesta que nos haces y te confiamos nuestra venganza.

Pep. Galos, dentro de tres dias á las doce horas de la noche, reunios en este mismo sitio, yo os prometo traeros la cabeza de Carlo-Magno. *(Pone una rodilla en tierra.)* Por este Dios que rige el firmamento, por este Dios que con su mano omnipotente gobierna á los hombres y los convierte en el polvo de la nada; por este Dios juro matar al emperador Carlo-Magno con puñal ó espada, cuerpo á cuerpo ó á traicion; y sino cumplo este juramento que la venganza celeste caiga sobre mí y me pulverice con uno de sus rayos.

Gond. En nombre de la Galia acepto tu juramento.

ESCENA V.

DICHOS, UN NOBLE QUE ENTRA PRECIPITADO.

Nob. Estamos perdidos, este templo está rodeado por todas partes de soldados, alguno nos ha vendido.

Voces dentro. Traicion!

Todos. Traicion! *(Sacan todos las espadas y se disponen á salir. Carlo-Magno sale súbitamente y se presenta ante los conjurados. El proscenio se llena de soldados que circuyen á estos.)*

Car. La paz del señor sea con vosotros, nobles Galos.

Todos. Carlo-Magno.

Car. Si Carlo-Magno el imbécil, Carlo-Magno el voluptuoso, Carlo-Magno el que se ha

abrogado injustamente el derecho de Emperador, estos son los motes con que mi noble grey me apellidaba segun creo: bien, no os creia yo tan sínceros con vuestro monarca. (*Exaltándose por grados.*) Con que, vosotros sois los miserables cortesanos que adulabais continuamente mis oidos con palabras mentidas y con falsos amaños?...Con que, vosotros sois los que estabais á mi lado, al rededor de mi trono, y me deciais que el pueblo me amaba y me tenia por un Dios?... Con que vosotros sois los que me apellidabais el grande, el victorioso, el héroe, el conquistador, y os prosternabais ante mi presencia y besabais las huellas de mis pisadas?... Con que vosotros sois la serpiente que yo alimentaba en mi seno y que me chupaba la sangre poco á poco y con cautela? Miserables!!! De rodillas (*nadie se mueve*: (*con furor*) de rodillas, pueblo imbécil, ante el héroe Carlo-Magno.

(*Doblan todos la rodilla menos Pepino.—Carlo-Magno les echa una mirada triunfadora.—Cae el telon.*

ACTO TERCERO.

CUADRO QUINTO.

LA LANZA DE CARLO-MAGNO.

Salon régio.—Puerta á la izquierda, que conduce á la cámara del Emperador, otra á la derecha y otra al fondo.

ESCENA I.

FARAMUNDO DE AUVERNÉ, OMAR, ONDRONI, SEÑORES Y NOBLES.

Auv. Teneis noticia, señor de Omar, de la famosa conspiracion tramada contra el Emperador?

Om. Si por cierto; me lo han dicho á la entrada del palacio.

Ond. Y aun añaden que Carlo-Magno se presentó á los conjurados, sin comprender estos por donde habia venido ó por donde habia entrado.

Om. No hay duda que es el diablo en persona.

Ond. Pero por esto no deja de ser un gran rey.

Auv. Si, un gran rey con un carácter frívolo é inconstante. Tan pronto débil como grande, tan pronto enérgico como inconsecuente.

Ond. Bien satisfecho estará ahora su orgullo.

Om. Porque?

Ond. Porque cuentan que no contento con dejar á todos los conjurados admirados de su presencia, les hizo rendir las armas y prosternarse ante su persona.

Auv. Y los conjurados consintieron en tan insultante proposicion?

Ond. Todos se arrodillaron ante el Emperador y este triunfó.

Auv. Hombres débiles! hombres apocados! que merecieran mas el nombre de niños que de conspiradores.

Om. Cuidado, Auverné, cuidado; estas palabras no se pronuncian en la antesala de Carlo-Magno. Sabeis que la menor indiscrecion puede perderos?

Auv. A mí?

Om. A vos Faramundo de Auverné.

Auv. A mí! á mí que cuento reyes entre mis antepasados? á mí que tengo cien villas á mi disposicion, y á miles de vasallos prontos á obedecer mis órdenes?..... Desafío al Emperador á que toque un solo cabello de mi cabeza, que por Dios vivo...

Ond. Dejaos de niñerias, señores, y escuchadme. Sabeis quien hay entre los conjurados?... unos amigos vuestros, señor de Auverné.

Auv. Amigos mios? su nombre.

Ond. Julio Gondoir, y Sigiberto Clonder.

Auv. Cielos!!!

Ond. Oh, no temais! no les puede suceder otra cosa que ser decapitados.

Avu. Pero bien, que delito han cometido? que delito se les imputa para cortar ignominio-

samente la cabeza á dos nobles por mano del verdugo?

Om. Os parece poco delito el conspirar contra el Emperador?

Ond. Y el ser cabezas de la conspiracion?

Auv. Si, me parece poco para enviar dos nobles al cadalso. Julio Gondoir, Sigiberto Clonder, de la mayor nobleza de la Galia, despojados de todos sus títulos y dignidades por manos del verdugo! Ah! esto no lo sufriré de ningun modo!... si fuesen dos villanos, pero dos nobles!... Voto vá...

Om. Silencio, imprudente, se acerca el primer ministro.

(Vivarés sale á pasos lentos de la cámara del Emperador.—Los nobles se descubren.)

ESCENA II.

Dichos, VIVARÉS.

Viv. Señores, en este momento el Emperador no puede recibiros, dentro una hora celebrará audiencia.

(Los cortesanos se inclinan y salen en silencio.)

ESCENA III.

VIVARÉS.

«Y entre ellos estaba un hombre pequeño y jorobado, que habia jurado mi muerte; dijo que se llamaba Pepino, y cuando todos se inclinaron ante mí, él fué el único que permaneció en pié.» Estas son las palabras que

ha pronunciado el Emperador las cuales han cuajado la sangre en mis venas y han hecho cesar mis arterias de latir. «Un hombre pequeño y jorobado y que se llama Pepino.»— No hay duda, no hay duda, es él; Pepino conspirador, Pepino conjurado! y contra quien Dios mio! contra Carlo-Magno... y si no fuese él?... bien pudiera ser... pero no; es él: con las señas que me ha dado el Emperador debe ser él. Veamos, indaguemos la vida de ese hombre y quizá... Ola! *(sale un page.)* pregunta al gefe de la guardia del Emperador si tiene en su poder un hombre jorobado que se llama Pepino; si es asi que lo traiga al instante á mi presencia. *(Vàse el page.)* Oh! haced Dios mio que no sea él! *(Quédase profundamente abatido.—Momento de silencio.)*

ESCENA IV.

VIVARÉS, PEPINO.

Viv. Tu nombre?
Pep. Pepino.
Viv. Tu patria?
Pep. No sé.
Viv. Estás bien seguro de que no sabes el nombre de tu patria?
Pep. Permitidme antes que os diga en nombre de quien me haceis estas preguntas.
Viv. En nombre de la amistad. Dime, Pepino, en las cercanias de Poitiers no has sido criado por un aldeano?
Pep. Sí.

Viv. No te dijo este aldeano, que te habia presentado en su casa un desconocido, dejándole dinero para que cuidase de tu educacion?

Pep. Sí.

Viv. Muerto este aldeano, no te casaste con su hija?

Pep. Si. Una hija me queda de este matrimonio.

Viv. Ah desgraciado! *(Tapándose la cara con las manos.)*

Pep. *(ap.)* Que misterio encierran las palabras de este hombre. *(En voz alta.)* Pero decidme? quien sois vos, que sin duda conoceis el misterio de mi nacimiento?

Viv. Si, le conozco y plegue al cielo que jamás llegues á conocer quienes son tus padres.

Pep. Con que hasta esto me está vedado? pero los sabeis vos?

Viv. Sí.

Pep. Pues decídmelo, decídmelo por Dios! mirad, yo soy conspirador, el hacha del verdugo está ya afilada y pronta á caer sobre mi cabeza: mañana quizá no existiré; haced pues que muera con el consuelo de saber quienes son mis padres.

Viv. Imposible, imposible!

Pep. Decidme al menos ¿quien era el desconocido que cada mes enviaba oro al aldeano para mi manutencion?

Viv. Era yo.

Pep. Vos? vos? Ah! decidme quien es mi padre, decídmelo por vuestra vida; ahí me teneis á vuestros pies, suplicándoos me lo digais... ya lo veis! me arrodillo ante vos,

yo, yo que no he querido doblar la rodilla ante Carlo-Magno. Si me dijeseis quien es mi madre, os amaria toda mi vida! seria vuestro esclavo y os tendria como á un Dios! Ah! Yo que tantas veces entre mis ensueños placenteros, he soñado en una madre que me acariciaba, que me mecia cariñosa sobre sus rodillas; yo que me he representado en mi agitada mente á mi madre tan hermosa y tan pura como las vírgenes del cielo; tener que morir sin el consuelo de saber quien es! Llorais, caballero, bien lo veo: mi corazon de bronce tambien derrama lágrimas, este corazon á quien no hacen mella las tempestades de la vida, tambien derrama llanto, pero llanto precioso, pues es por una madre.

Viv. Ah, Pepino! jamás quieras saber quienes son tus padres.

Pep. Ah! decídmelo, decidme quien es mi padre; aunque sea un reo, un ladron, el mas vil de todos los hombres, yo le adoraré y le prestaré el cariño que se debe á un padre; aunque sea el mismo verdugo que tal vez cortará mañana mi cabeza... Ah! si fuese asi... descubridme mi nacimiento... si mi padre es el ejecutor de las venganzas del soberano, no importa, yo moriré placentero porque mi mismo padre cortará el hilo de mis dias. Morir por mano de un padre! Habeis visto cosa mas placentera que esta? Habeis visto otro mayor contento para un hijo, que morir á manos de un padre? Por el cielo santo decidme el nombre de mis padres.

Viv. No Pepino, tu padre no es de baja esfera,

es uno de los que gozan de mas favor y prestigio en la corte.

Pep. En la corte? Tanto peor, aborrezco con toda mi alma á los cortesanos. Pero yo no puedo comprender porque mi padre me ha abandonado miserablemente al nacer, porque mi madre me ha negado sus caricias, y porque no me ha mecido amorosamente entre sus brazos.

Viv. Pepino tú no tienes madre.

Pep. Ah! Todo lo comprendo ahora. (*Pausa.*)

Viv. Persistes aun en saber el nombre de tu padre?

Pep. Porque no?... aunque no tenga madre, aunque sea hijo de una meretriz infame, no por esto quiero ignorar el nombre de mi padre. (*Sale un page.*)

Page. El Emperador pregunta por vos, Teodorico de Vivarés.

Viv. Voy. Pepino tu padre es....

Pep. Acaba.

Viv. Es... Carlo-Magno.

Pep. Ah! (*Cae desplomado.*)

ESCENA V.

PEPINO.

(*Volviendo en sí.*) Ay Dios mio! que cúmulo de desgracias pesan ya sobre mi frente! Carlo-Magno que ha arrebatado á mi hija, Carlo-Magno que es mi padre, y yo que he jurado la muerte de mi padre! Oh! Maldicion sobre el dia en que nací! Carlo-Magno el Emperador de los Galos, padre de un jorobado,

de un infeliz! y si esto no fuese asi?... pero si, demasiado cierto será por mi desgracia!... mas... imposible, mintió... y quien le habria incitado á que me engañase?... Ah! demasiado cierto es. Hijo de Carlo-Magno ya soy señor de cien pueblos, ya me acatarán mis vasallos de rodillas y obedecerán las leyes que yo dicte... pero que estoy diciendo, insensato? dentro de dos dias á las doce de la noche debe morir Carlo-Magno por mi mano... Maldito juramento! no, Carlo-Maguo vivirá... y mi juramento? y el juramento que he hecho ante todos los nobles? ante la Galia entera? y mi padre? y mi padre? parricida! no, no, que viva mi padre y muera su hijo... porque gran Dios no haces caer en este momento un rayo que me aniquile? tener que sufrir estos crueles tormentos y no poder morir! (*Recorriendo la escena á pasos precipitados.*) Una arma, un puñal, un hierro, cualquier cosa para quitarme la vida, esta vida que detesto, esta vida maldecida por el cielo y por la tierra! Oh! si tuviese una daga para atravesarme el corazon, si tuviese un puñal que hundirme en el seno, entonces seria feliz! entonces bendeciria al cielo ó al infierno. Oh! no poder morir! no poder morir!

(*Entra un capitan y varios soldados.*)

Cap. El primer ministro me manda que os lleve otra vez á vuestro calabozo.

Pep. Ya os sigo, id adelante.

ESCENA VI.

CLOTILDE, *poco despues* OSMA.

Clot. Pobre Olrico! le amo aun mas desde que ha arriesgado su vida por verme, que ha sabido arrostrar mil peligros y vencerlos, entrar solo y sin mas armas que su lira en la guarida del Leon, y solo porque? para verme para poder gozar algun tanto de mis miradas, y para repetirme que me idolatra y que me amará hasta el último suspiro. Si, Olrico, yo tambien te quiero, te amo, y te adoraré mientras exista.

(*Aparece Osma en la puerta del fondo.*)

Os. Una muger?... mi rival.

Clot. (*sin verla.*) Que dulce es estar junto á él, sentada á su lado, ébrios nuestros ojos de amor, palpitando nuestros pechos de placer, y repetirle con amoroso acento: te amo, te amo!

Os. Ah! tambien le amo yo asi.

Clot. (*sobresaltada.*) Quien está ahí? quien es? una muger?... quien sois?

Os. No lo veis.

Clot. Quien sois?... vuestro nombre?

Os. Decidme antes el vuestro.

Clot. El mio? Clotilde.

Os. Clotilde!!

(*Clotilde se dispone á salir.–Osma la toma de una mano.*)

Os. Esperad, no saldreis de aqui sin saber antes mi nombre; teneis ante vos á la esposa de Carlo-Magno.

Clot. La esposa de Carlo-Magno!

Os. Qué! os admira mi nombre?

Clot. Señora!

Os. Habeis enmudecido al saber quien soy y temblais á mi presencia? Afectais timidez para disimular la impresion que os causa la presencia de vuestra rival?

Clot. Vos mi rival?

Os. No tomeis este aire tan candoroso; sé que Carlo-Magno os ama, que vos le correspondeis, y que los dos conspirais para mi perdicion; pero yo sabré vengarme.

Clot. Por Dios, señora...

Os. He! silencio, no os disculpeis; serian vanas vuestras palabras; yo amo al Emperador y jamás perderé el título de esposa suya ni aun por vuestras intrigas. Bien lo veo, os ciega la ambicion de reinar! quereis subir al trono aunque tengais que luchar contra la corriente! quereis atropellarlo todo no mas que para poder esclamar: ya soy Reina! Infeliz! bien pronto os cansareis de sujetar al Leon; vendrá dia en que este romperá los lazos y las cuerdas que le oprimen, y os abandonará por otra que habrá logrado cautivar su estimacion. Vos sois jóven aun, no conoceis ni el mundo ni sus artificios, y cuando Carlo-Magno os dirá *te amo,* en el fondo de su pecho esclamará: *te desprecio.*

Clot. Pero señora, si yo no amo á Çarlo-Magno, si no tengo esas intenciones que vos me imputais, si yo... le detesto.

Os. No le amais? pérfida! aun quereis disimular vuestros sentimientos? Ahora mismo, ha-

ce un momento, en este mismo sitio os he oido hablar de él con amorosas palabras... no digais nada; no hableis... seria capaz de mataros al oir vuestros falaces espresiones.

Clot. (*aparte.*) Dios mio! me dá miedo esta muger.

Os. Carlo-Magno que me pertenece á mí, que es mi esposo ante Dios y ante los hombres, cautivado por las astucias de esta infame muger, que destila de sus lábios palabras candorosas é inocentes y cuyo corazon brota emponzoñada hiel! de esta muger parecida á un cordero manso é inocente con las entrañas de Leon!

Clot. Por Dios Señora...

Os. Repito que calleis. No invoqueis el nombre del Señor del mundo; que no suene en vuestra boca impura el nombre del Dios que gobierna cielo y tierra.

Clot. (*aparte.*) Dios mio, que será de mí!

Os. Llorais? derramais lágrimas? no, no intenteis engañarme con vuestro llanto, son tan falsas vuestras lágrimas como vuestro corazon.

ESCENA VII.

DICHAS, CARLO-MAGNO.

(*Al ver Osma á Carlo-Magno saca un puñal y se precipita sobre Clotilde.–Esta cae de rodillas á sus pies.–Carlo-Magno desnuda la espada.*)

Car. Osma, Clotilde.

Os. No os acerqueis, Carlo-Magno, no os

acerqueis ó esta jóven cae muerta á mis pies.

Clot. Piedad, señora piedad.

Os. Asi es como yo os quiero, este es el único puesto que os corresponde...á mis pies. ¿Lo veis Carlo-Magno, lo veis? esta muger, vuestra orgullosa querida, ahí la teneis...á mis pies, pidiéndome perdon, demandándome piedad. Osma triunfa, Carlo-Magno, Osma reina.

Car. Soltad esta muger, señora ó vive Dios...

Os. Atrás; no os acerqueis ú os juro por mi vida que este puñal penetrará hasta el pecho de vuestra querida. Haceos atrás, emperador Carlo-Magno, atrás, conquistador de cien pueblos, atrás ante una muger.

Car. Por el alma de mi padre que si tocais un hilo de la ropa á esta muger, os mando desollar viva.

Os. Piensas arredrarme con vanas amenazas? te engañas; estas no harán ninguna mella en mí. Aunque mi corazon sea de muger, Carlo-Magno, te juro que no soltaré á esta jóven sin dos condiciones; y si dás un solo paso hácia ella, caerá víctima de mi furor.

Clot. Por piedad!

Os. Ruega, ruega debil niña, á quien es mas poderosa que tú: suplica é implora de rodillas tu perdon ante tu rival. Emperador, escucha las condiciones que te pongo para que esta niña salga de mis manos! *(Con autoridad.)*

Car. *(dolorosamente.)* Dí.

Os. En primer lugar, ríndeme tu espada. *(Con orgullo.)*

Car. Como? estais loca señora? Carlo-Magno

emperador de las Galias rendir su espada victoriosa ante una muger? Lástima me dais por cierto, señora, si ha cabido en vuestro pensamiento que Carlos el conquistador se humille ante vos! Que diria luego el mundo de mí al saber que no he tenido valor para arrostrar la cólera de una muger, y que he temblado á su presencia hasta el punto de rendirla mi espada?... Que diria el pueblo al saber que le rige un rey cobarde, un rey necio, un rey imbecil que se deja gobernar como un niño por una muger? Señora, señora, retirad por Dios vuestra proposicion, y no la volvais á mentar en la presencia de Carlo-Magno.

Os. (con autoridad y arrogancia.) Rinde tu espada, Emperador.

Car Jamás. *(Osma levanta el puñal sobre Clotilde, esta despide un doloroso grito y el Emperador sin poderse contener arroja la espada. Osma pone un pie sobre ella.*

Os. Tu espada.

Car. Ahí la tienes.

Os. Bien: Has cumplido con mi primera condicion, cumple ahora con la segunda. Hoy mismo esta muger ha de salir de este palacio para no volver á entrar en él.

Car. (imperiosamente.) Y quien dá órdenes en mi palacio hasta el punto de obligarme á echar de él á las personas que gusto tener á mi lado?

Os. Yo. Tengo tanto derecho para mandar en él como vos. *(Vuelve á levantar el puñal. Clotilde se estremece.)* Esta muger saldrá del palacio.

Car. (con rábia manifiesta.) Saldrá.
Os. Lo jurais por la cruz de vuestra espada?
Car. Lo juro.
(Osma suelta á Clotilde. Esta se precipita fuera de la escena por la puerta de la derecha.)
Clot. Ah! gracias Dios mio, gracias!
Os. Vete ahora caballero, vete á decir á tu pueblo que por una miserable muchachuela has rendido tu espada á los pies de una muger. *(Váse echándole una mirada despreciadora. Carlo-Magno queda pensativo, luego recoge su espada, llama y comparece un page.)*
Car. Que entren los cortesanos. *(Entra en su cámara.—Entran los cortesanos, se dividen en grupos y hablan entre si.)*

ESCENA VIII.

ÇARLO-MAGNO, VIVARÉS, Cortesanos, Guardias.

(Los cortesanos doblan la rodilla ante Carlo-Magno.—Este viste un manto real y ciñe la diadema de oro en su cabeza.—Hace una seña, los cortesanos se levantan y èl se sienta.)
Car. Que se coloquen guardias en todas las puertas. Cortesanos á mi lado. Vivarés que entren los presos que aguardo.

ESCENA IX.

Dichos, Conjurados.

Car. Os he llamado á esta audiencia, señores, porque hace algunos momentos aun me pa-

recia que soñaba al pensar en vosotros: porque veo á un Julio Gondoir, á un Sigiberto Clonder y otra infinidad de nobles que parecia imposible se hubiesen conjurado contra el monarca. Oh miserables! querer contrarrestar mi poder y despedazar mi corona! Por el alma de mi padre que estoy por haceros añicos á todos; pero quiero tomar una venganza tan singular que la historia la consagrará sus mas brillantes páginas y los pueblos la admirarán. Vivarés trae mi lanza. *(Al recibir Carlo-Magno la lanza de manos de Vivarès, baja del trono y la clava en el suelo por la punta.)* Ya que vosotros habeis conspirado contra Carlo-Magno, vive Dios que os habeis de medir uno por uno con su lanza. Vivarés, los que sean mas bajos que mi lanza que les pongan en libertad, los perdono por necios, pues atreviéndose á conspirar contra el Emperador, podrán decir que aun no eran tan altos como su lanza; á los que pasen de ella los enviarás al verdugo, que te aseguro formará una coleccion de cabezas las mas escogidas de entre mis nobles cortesanos. *(Murmullos entre los nobles.-Los conjurados van midiéndose con la lanza siendo todos mas altos que ella.)*

Pep. (ap.) Oh que esperanza! si yo fuese mas alto que esta lanza, moriria en el cadalso y veriame ecsento de matar á mi pobre padre.

Clon. (ap. á Pep.) Acuérdate de tu juramento.

Pep. Ah! *(Llega Pepino cerca de la lanza se mide y no llega á ser tan alto como ella;*

pónese de puntillas, y hace los medios posibles para ser mas alto hasta que lo nota Carlo-Magno.)

Pep. (ap.) Oh maldicion!

Car. No te canses, miserable jorobado, por mas que hagas nunca llegarás á ser tan alto como la lanza de Carlo-Magno.

Pep. Si, teneis razon, no puedo hacer que yo sea mas alto que la lanza de Carlo-Magno, pero puedo hacer que la lanza de Carlo-Magno sea mas baja que yo. *(Tira violentamente de la lanza y la rompe en dos pedazos.—Cuadro general.—Cae el telon.)*

ACTO CUARTO.

CUADRO SESTO.

PADRE É HIJO.

Calabozo de Pepino en el alcázar de Carlo-Magno.—Pepino echado sobre una estera en el proscenio y recostado en un pilon de piedra: en el fondo una escalera alumbrada débilmente con la luz que figura viene de fuera: á la izquierda del actor sobre un banco la lanza rota de Carlo-Magno: en el techo una lámpara pendiente de una cuerda alumbrando lúgubremente la escena.

ESCENA I.

(Pepino solo por un momento, recostado en la estera y con muestras del mas profundo abatimiento.– Carlo-Magno baja lentamente se adelanta hácia el proscenio y se para frente de Pepino sin que este manifieste haberle visto.)

Car. Pepino.
Pep. Ah mi pa... Carlo-Magno.
Car. Si, yo soy.
Pep. Que venis señor á buscar en esta mazmorra?
Car. Os lo podeis figurar.

Pep. Quien yo?

Car. Vengo á recobrar mi lanza.

(Pepino se levanta súbitamente.)

Pep. Vuestra lanza?

Car. Si mi lanza: que hay en esto que os asombre?

Pep. Vuestra lanza?... imposible.

Car. Imposible me has dicho miserable villano? crees acaso que porque callé cuando te llevaste sus trozos te he dado permiso para que te quedes con ella? no sabes que si tal sucedió, fué tan solo para probar hasta donde llegaria tu audacia y que por consiguiente ya está hecha la prueba? Carlo-Magno, el señor de las Galias, dejar su lanza en manos de un plebeyò?... ha imaginado esto tu loca fantasia? entrégame la lanza al instante... lo quiero *(con altivez)* lo mando.

Pep. (*friamente.*) Imposible.

Car. Sabes que estás en mi poder? Sabes que puedo hacerte perder la vida en este momento, que á una pequeña señal que yo haga en este mismo calabozo puedo hacerte caer la cabeza â mis pies?

Pep. (*ap.*) Ojalá!

Car. Dí, que respondes villano? me entregas mi lanza?

Pep. No.

Car. (*hace un movimiento de ira pero repriméndose cruza los brazos sobre el pecho y dice con la mas fria impasibilidad.*) Con que tú desprecias mi poder? Un vasallo se propasa con su rey? La Serpiente muerde al Leon? Temerario! como no tiemblas ante mi

poder? como no temes que te aniquile aqui mismo?

Pep. Yo no sé temblar; nacido entre las montañas, acostumbrado desde mi mas tierna infancia á atravesar por entre riscos y peñas, saltando los barrancos mas profundos, durmiendo tranquilamente sobre la dura tierra, al rumor del vendábal, oyendo sin estremecerme al rugido del Leon hasta llegar á luchar con él y vencerle, he aprendido á no temblar ante los hombres. Asi no es nada estraño que esté tranquilo ante el emperador Carlo-Magno.

Car. No, miserable, tú debes humillarte ante mí, debes rendirme homenage, debes obedecerme porque soy tu Rey.

Pep. (*con sarcasmo.*) Yo humillarme ante vos? el que jamás ha doblado la rodilla ante ningun hombre sino á Dios, postrarse ahora ante Carlo-Magno?... no. Y todo esto porqué? porque sois noble! porque vais vestido de púrpura y oro! porque vuestra mano empuña el cetro, y os sentais sobre un sólio, porque con vuestro pie haceis doblar la cerviz á millares de vasallos? Os engañais Carlo-Magno, jamás os prestaré yo homenage como á Emperador. El mas ínfimo vasallo es tan hombre como el Rey.

Car. Temerario!

Pep. Caballero!

Car. A tu pesar, te humillarás ante mí, villano: de rodillas.

(*Toma de un brazo á Pepino para hacerle arrodillar, este retrocede, toma de sobre el*

banco un pedazo de la lanza y la dirige contra Carlo-Magno: recuerda en aquel momento que es su padre y la lanza se le desliza de la mano.)

Pep. Oh! esto es demasiado ya.

Car. Atrás, miserable, atrás.

Pep. Oh! que iba yo á hacer! (*Se tapa la cara con las manos y deja caer la lanza. Carlo-Magno la vá á recoger. Pepino vuelve súbitamente en sì y pone el pie sobre ella.*)

Pep. Atrás Emperador, atrás, esta lanza es mia, me pertenece, la he ganado con la fuerzo y nadie es capaz de arrancármela; es un trofeo mio, sí un trofeo, pues este solo brazo hizo añicos como una frágil caña la lanza del coloso Carlo-Magno.

Car. Retira el pie de mi lanza villano. *(Pepino permanece inmóvil.)* Oh! que mengua para un Carlo-Magno! ayer mi espada se rindió á los pies de una muger, hoy se rinde mi lanza á los pies de un villano. Mi lanza, ó mando venir mi gente y tè hago ahorcar en las rejas de este calabozo.

Pep. Que vengan pues, yo les haré retroceder á mi presencia, y si se atreven morderán la tierra.

Car. Pepino, desprecio tus palabras. El llamar gente seria obrar vil y cobardemente. Soy Carlo-Magno, soy el Emperador de la Galia, soy Rey de cien pueblos, soy quien soy: pues bien, todo lo olvido y humillaré mi orgullo hasta el punto de batirme contigo, Pepino; eres un villano y no obstante te permitiré que te batas conmigo.

Pep. Yo batirme con vos Carlo-Magno, con vos?...con el mundo entero, pero con vos... jamás.

Car. Cobarde!

Pep. (*con furor.*) Cobarde, habeis dicho cobarde? (*conteniéndose.*) Carlo-Magno presentadme al adalid mas afamado de vuestro ejército, presentadme á todos vuestros vasallos; yo me batiré cuerpo á cuerpo con cada uno, hasta que mi brazo sucumba cansado de pelear. Me batiré con todo el mundo, Carlo-Mago, menos con vos.

Car. ¿Despues de haberme bajado hasta el punto de batirme contigo, aun lo rehusa tu orgullo? insensato! puedes levantar ahora orgullosa la cabeza por haber despreciado el combate de un monarca; pero yo te juro que te la abatiré, y que no tardaré mucho tiempo. (*Váse precipitado*)

ESCENA II.

PEPINO solo.

Carlo-Magno, mi padre, su hijo tuvo valor para tentar contra su vida! Oh! que horrible situacion!...por una parte mi padre cuya persona debe ser sagrada para un hijo, y por otra mi Clotilde y mi juramento. ¡Que cúmulo de desgracias Dios mio! Dios mio!

ESCENA III.

PEPINO, CLOTILDE, OLRICO.

Clot. (*dentro.*) Padre mio, padre mio.

Pep. (*incorporándose.*) Que voz es esta? (*Pepino se precipita hácia la escalera y queda abrazado con su hija que baja precipitadamente.*)

Clot. Padre mio! }
Pep. Hija mia! }

Pep. Hija, Clotilde! tú en este calabozo? quien te ha abierto las puertas, quien te ha introducido?

Clot. Padre mio! el ministro Vivarés me ha hecho abrir paso por los guardas que circuyen este calabozo, y he corrido á veros con mi Olrico que jamás me ha abandonado y que contínuamente ha estado á mi lado. A él debeis darle las gracias, pues ha sido mi apoyo, mi consuelo; á no ser por él ya no hubierais visto mas á vuestra hija. Lejos de vos, en poder de Carlo-Magno, yo me hubiera muerto; si me hubiera muerto á no ser por él.

Pep. Olrico, el cielo te bendiga.

Olr. Pepino.

Pep. Silencio; sé lo que vas á decir: Olrico, te concedo la mano de mi hija.

Clot. Sí, Olrico, seré tu esposa; pero despues, cuando mi padre esté en libertad.

Pep. Cuando yo esté en libertad?... no lo esperes hija mia. He sido un sacrílego, y debo morir; he levantado mi brazo sobre la cabeza de Carlo-Magno, del ungido del Señor, y debo morir.

Clot. Vos?...

Pep. Sí, yo; aun no habia visto á mi hija, aun no sabia que se habia hecho de ella, y

luego por cumplir un juramento, un fatal juramento!

Clot. Padre mio!

Pep. No llores, hija mia; la cabeza de tu padre caerá bajo el hacha del verdugo, su nombre será deshonrado, pero hemos de conformarnos porque esta es la justicia del Señor.

Clot. Oh padre mio! Dios es justo, él conoce que sois inocente y os salvará, confiad en él, padre mio, Dios es bueno.

Pep. Tus palabras hija mia se difunden en mi alma cual un bálsamo consolador; pero no esperes ya libertarme... debo morir.

Clot. Morir! oh, no! yo misma iré si es necesario á echarme á los pies de Carlo-Magno y aun á los de su esposa... de su esposa! oh! no comprendeis vos cuan horrible sacrificio voy á hacer; no lo haria por un esposo, pero lo haré por un padre.

Pep. Hija mia!

Clot. Y si mis ruegos son inútiles, si no conmueven á ninguno de los dos estas amargas lágrimas derramadas por la libertad de un padre, si sus entrañas son de Leon, como le dan el nombre, entonces...

Pep. No, hija, de ningun modo vayas á rogar á Carlo-Magno; te desechará, te arrojará de su presencia, y...

Clot. Os engañais, padre mio, Carlos aun que cruel, es generoso.

Pep. Clotilde, eres un ángel. Olrico, no te desdeñes de tomarla por esposa, hazla feliz y moriré contento. Dejadme, hijos

míos, no lleneis de amargura mi corazon. Si tuviese que separarme de vosotros, en el momento de marchar al cadalso temblaria, y mi pena seria mas cruel. Retiraos porque asi lejos de mi vista solo pensaré en Dios: Olrico, haz feliz á mi hija *(con voz desfallecida.)* yo te... lo... ruego.

Clot. (llorando.) Padre mio!

(Clotilde se abraza con Pepino, este queda inmóvil.)

Olr. Ven, Clotilde, vamos á llorar juntos los dos.

Pep. Hijos mios! hijos mios!

(Olrico arrastra á Clotilde fuera del calabozo dejando á Pepino inmóvil y fuera de sí.)

ESCENA IV.

PEPINO, VIVARÉS.

Viv. Pepino?

Pep. Vivarés?

Viv. Silencio, el pueblo está alborotado, ha libertado á todos los conspiradores presos por orden del Emperador, y pide á gritos vuestra libertad, pues yo y mis partidarios hemos hecho correr la voz de que erais hijo de Carlo-Magno.

Pep. Cielos!

Viv. Yo mismo he ido á Carlo-Magno y le he descubierto este secreto, pero mas que el amor de padre ha podido en él la ambicion de Rey. Se figura que habeis sido el que ha insurreccionado al pueblo para coronaros

Emperador; está furioso y quiere arrojar vuestra cabeza al pueblo.

Pep. Oh padre mio!

Viv. Es necesario tomar una resolucion, abdicar al instante la corona y vivireis.

Pep. Vivir! para que necesito yo el vivir? La muerte es lo que deseo.

Viv. Y vuestra hija, Pepino?

Pep. Mi hija! pobre huérfana! quedaria perdida y abandonada si yo faltase.

Viv. Renunciad á los derechos de sucesion.

Pep. Sí, renuncio desde este momento.

Viv. Seguidme pues.

Pep. Id delante.

ESCENA V.

GARLO-MAGNO, Soldados con hachas.

Car. Pepino, Pepino, *(registra la escena.)* Maldicion! se ha escapado... Soldados, á recorrer todo el alcázar, que no se ós escape este hombre ó por el alma de mi padre que os mando desollar á todos.

ESCENA VI.

CARLO-MAGNO, OSMA, Soldados.

Os. Carlo-Magno, el populacho está alborotado, amenaza echar á bajo las puertas del palacio; la insurreccion está en su colmo y piden á gritos á Pepino: decidme ahora, quien es este Pepino, quien es?

Car. Señora, señora, idos á rezar á vuestro aposento con diez mil de á caballo, y dejadme en paz. Yo os aseguro que daré á ese pueblo insolente á Pepino, pero les daré solamente la cabeza para que le ciñan la corona.

ESCENA VII.

Dichos, VIVARÉS.

Viv. Señor, Pepino acaba de renunciar en este momento la corona, en favor vuestro y de vuestros hijos, y ha tomado la resolucion de vestir el hábito en el monasterio de San Galo.

Car. Monge?

Viv. Si.

Car. Que venga, que venga, quiero abrazarle. Tarde he conocido su generoso proceder.

ESCENA VIII.

Dichos, PEPINO.

Pep. Emperador, consentireis ahora en llamarme hijo vuestro?

Car. Oh! ahora si! *(Se precipita en los brazos de Pepino.)*

FIN.

VENDENSE

EN LA LIBRERIA DE IGNACIO OLIVERES.

LAS COMEDIAS SIGUIENTES.

A mal tiempo buena cara, en 1 acto y en prosa, por Escosura.
Carlota, en 2 id. y en prosa.
Dicha y desdicha, en 1 id. y en prosa.
El Heroismo en su colmo, en 5 id. y en prosa.
El Ayo de su hijo, en 2 id. y en verso.
El Duque de Viseo, en 3 id. y en verso, por Quintana.
El Vampiro, en 1 id. y en prosa.
El Príncipe Jardinero, en 3 jornadas y en verso.
El Marido de la Favorita, en 5 actos y en prosa, por Escosura.
El Tejedor, en 2 id. y en prosa.
El Artículo 960, en 1 id. y en prosa.
El Rey se divierte, en prosa, por Victor Hugo.
El Trovador, en 5 jornadas en prosa y verso.
El Hijo de la loca, en 5 actos y en prosa, por Federico Soulié.
Enrique de Valois, en 2 id. y en prosa.
El Campanero de san Pablo, en 4 id. y en prosa.
El Enamorado de la Reina, en 2 id. y en prosa.
EL CORSARIO, en 5 id. y en prosa.
EL CASTELLANO DE MORA, en 3 id. en prosa y verso, por Tió.
El Espósito de Nuestra Señora, en 1 id.
Gaspar Hausser, en 4 id.
Guillermo de Nassau, en 5 id.
Honor y amor, en 5 id. en prosa y verso.
Isabel, ó dos dias de esperiencia, en 3 id. y en prosa.
La Enterrada en vida, en 5 id. y en prosa.
La Calumnia, ó sea la madre incógnita, en 5 id. y en prosa.

Las Cárceles de Lemberg, en 5 id. y en prosa.
Las Minas de Polonia, en 2 id. y en prosa.
Laura, en 5 id. y en verso.
La Marquesa de Senesterre, en 3 id. y en prosa.
La Honra de mi madre, en 3 id. y en prosa por Escosura.
La Monja alferez, en 3 id. y en verso.
La Mancha de sangre, en 3 id. y en prosa.
LA MÁSCARA DE HIERRO, en 7 cuadros y en prosa.
La Abadía de Castro, en 5 actos.
La Cruz de Malta, en 3 id.
Margarita de Borgoña, en 5 id. y en prosa, por Alejandro Dumas.
Margarita de Yorch, en 5 id. y en prosa.
Maria de Inglaterra, en 3 jornadas y en prosa por Victor Hugo.
Mauricio, en 2 actos y en prosa.
Maria Remond, en 3 id. y en prosa.
Olimpia ó las pasiones, en 2 id. y en prosa.
PEPINO EL JOROBADO, en 4 id. y en prosa.
¿Quíen reirá el último? en 1 id. y en prosa.
Romeo y Julieta, en 5 id. y en verso.
Rita la Española, en 4 id. y en prosa, por Escosura.
Rafael del Riego, en 5 id. y en verso.
Seis cabezas en un sombrero, en 1 id. y en prosa.
Una Noche de máscaras, en 2 id. y en verso.
Una Dicha merecida, en 1 id. y en verso.
Un Insulto personal, ó los dos cobardes, en 1 id. y en prosa.
Una Crisis ministerial, en 1 id. y en prosa.
Una Hora de centinela, en 1 id. y en prosa.
UNA AVENTURA en tiempo de Carlos IX, en 3 id. y en prosa, por Federico Soulié.
Un Angel en las boardillas, en 1 id.
Una Romántica, en 1 id.
Vautrin, en 5 id. y en prosa, por Balzac.

S. Sa C. Perros